

SANTO CRISTO DE LOS MILAGROS

S.I. Catedral de Huesca, 12 de septiembre de 2024

MISA ESTACIONAL

DEVOCIÓN Y CULTO AL SANTO CRISTO DE LOS MILAGROS

LA CRUZ, SIGNO DE VIDA Y SALVACIÓN **(Jn 3, 13-17)**

+ Vicente Jiménez Zamora
Administrador Apostólico de Huesca

“Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección alabamos y glorificamos; por el madero de la cruz ha venido la salvación al mundo entero”.

Con esta exclamación de la Liturgia nos dirigimos al Santo Cristo de los Milagros en el día grande de su fiesta.

Saludo al Deán y miembros del Excmo. Cabildo de esta S. I. Catedral; a los sacerdotes; a la Sra. Alcaldesa y Corporación del Excmo. Ayuntamiento de la Ciudad; a las Excmas. e Ilmas. Autoridades civiles y militares; al Prior y miembros de la Cofradía del Santo Cristo de los Milagros y San Lorenzo mártir; a las Mairalesas que hacen la ofrenda de flores y frutos; a los miembros de vida consagrada y fieles laicos; al coro de música y a los medios de comunicación.

Después de la solemne y tradicional Novena, verdadera expresión de fe y fervor, esta mañana hemos celebrado la primera Eucaristía de los peregrinos y devotos de distintos pueblos que profesan gran devoción al Santo Cristo de los Milagros. Se han sucedido otras Eucaristías. Ahora, al caer la tarde de este 12 de septiembre de 2024, celebramos la Misa solemne estacional ante la Imagen bendita del Santo Cristo de los Milagros.

La Imagen del Santo Cristo de los Milagros es el imán poderoso que atrae el corazón de los habitantes de esta ciudad, porque hasta los más humanos detalles del cañamazo vital de los oscenses tienen su punto de partida y su meta de destino en esta venerada Imagen, convertida en faro de luz esplendente, que guía los destinos espirituales y religiosos de la ciudad de Huesca.

Durante estos días de la Novena, la Catedral, Iglesia madre de todas las Iglesias de la Diócesis, se ha convertido en arca de salvación y puerta del cielo, en ascua de amor al Cristo de los Milagros y en incensario de plegarias.

Recordar es volver a pasar por el corazón los acontecimientos y vivencias. Hoy recordamos aquella fecha memorable del 12 de septiembre de 1497, cuando su sagrada Imagen procesionaba por las naves de esta Catedral y sudó gotas de agua de forma milagrosa, según testimonio fehaciente notarial. La ciudad de Huesca quedó libre de la

terrible epidemia de peste que la asolaba desde hacía meses. Desde entonces, la devoción de los hijos de Huesca se acrecentó de siglo en siglo hasta ver coronada canónicamente su sagrada Imagen el año 1960 por decreto pontificio del Papa San Juan XXIII, en un acto multitudinario y desbordante de piedad popular, en reconocimiento de los muchos milagros que ha obrado a lo largo de la historia.

La Cruz, signo de vida y salvación

Permitidme que, después de esta introducción, a la luz del texto del evangelio de San Juan 3, 13-17, centre mi homilía en el tema de la *cruz, signo de vida y salvación*.

En el misterio de la cruz se revela en su inmenso dramatismo el amor de Cristo al Padre. Por amor al Padre, Cristo *se hizo obediente hasta la muerte y una muerte de cruz* (Fil 2, 5-11). No fue una obediencia ciega, sino un acto libre de amor filial al Padre: *“nadie me quita la vida - dice Jesús- yo la doy libremente* (Jn 10, 18).

En la cruz levantada sobre el Calvario se manifiesta el corazón eterno de Dios, ya que el Padre *“nos amó y nos entregó a su Hijo como propiciación por nuestros pecados”* (Jn 4, 10).

La cruz es signo de vida y fuente de salvación. Dios ha puesto la salvación del género humano en el árbol de la cruz, para que donde tuvo origen la muerte, de allí resurgiera la vida. (cfr. *Prefacio de la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz*).

La salvación viene de Dios, como oferta de gracia. Nos la brinda en Cristo Jesús, en su vida y en su obra y, sobre todo, en su misterio pascual de muerte en cruz y resurrección gloriosa.

Pero hoy no es fácil para el hombre moderno aceptar el mensaje de la salvación, que brota de la Cruz, como no lo fue para los judíos y paganos, “porque los judíos piden signos, los griegos buscan sabiduría; nosotros, en cambio, predicamos a Cristo Crucificado, escándalo para los judíos, necedad para los paganos; pero para los llamados judíos y griegos, predicamos a Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (*1 Cor 1, 22-25*).

El crecimiento de la ciencia, de la técnica, de la Inteligencia Artificial (IA), la ingenua esperanza de llegar a dominar la naturaleza y regir los destinos del Universo, llevan al hombre a rechazar la presencia de un Salvador, que no sea el hombre mismo, que quiere convertirse en Dios. Refiriéndose al desarrollo de los pueblos y la técnica, el Papa Benedicto XVI afirmaba en el capítulo sexto de su encíclica *Cáritas in veritate* que *“El desarrollo de la persona se degrada cuando ésta pretende ser la única creadora de sí misma”* (n. 68). Es la vieja tentación de Prometeo.

La implantación de un modelo de vida dominado por el materialismo, el consumismo y el disfrute del mayor número de cosas, lleva a muchos hombres y mujeres, incluso cristianos, a prescindir en la práctica de Dios y de su salvación en la vida pública y privada; más aún, estamos llegando a unas formas de vida en las que el hombre pierde la capacidad de preguntarse por el origen y el último sentido de su vida, de dónde venimos y a dónde vamos. El hombre sin Dios, perece. Es el drama del humanismo ateo (H. de Lubac).

La cultura pública moderna se aleja consciente y decididamente de la fe cristiana y camina hacia un humanismo inmanentista. La cultura actual presenta en ocasiones un rostro radicalmente irreligioso, anticristiano y con manifestaciones públicas en contra de la Iglesia y de los cristianos.

Como consecuencia de estos factores, levemente apuntados, nace un tipo de hombre desconfiado, pragmático, amigo de disfrutar del mundo y de la vida, sin poner la esperanza en Dios y en su salvación, que nos la brinda en su Hijo crucificado y resucitado. Este tipo de hombre, ampliamente difundido entre nosotros, es más propenso a la increencia y agnosticismo que a la fe; al pragmatismo que a la esperanza; al egoísmo narcisista que al amor y a la solidaridad.

Los cristianos, testigos de la cruz y la salvación

Ante esta situación de dificultad, que no podemos ignorar, los cristianos que creemos en el Dios de Jesucristo, tenemos que apoyarnos en Dios, nuestra esperanza y fortaleza. Ser testigos de Jesucristo y confesar la fe con palabras y obras, sobre todo con el testimonio de vida, porque el hombre moderno hace más caso a los testigos que a los maestros (cfr. *EN 76*).

Cuando algunos quieren neutralizar el influjo de la fe cristiana en la sociedad, las costumbres y las leyes, los cristianos debemos confesar la fe con obras y palabras, no con imposiciones arrogantes, a la fuerza, sino con firmeza y convicción. Porque la fe no se impone, se propone. La fe, que ofrecemos en clave positiva, es un tesoro que debemos conservar, apreciar y promover, que no podemos esconder, sino que debemos anunciar con valentía, celebrar con dignidad y vivir con alegría.

Seguir a Cristo fielmente también en el camino de la cruz es nuestra vocación y misión. Si confiamos en Cristo no perdemos nada, sino que lo ganamos todo. En sus manos nuestra vida adquiere su verdadero sentido. Este convencimiento ha de impulsarnos a promover el bien y a curar tantas llagas abiertas en el entorno social: como la carencia de lo necesario para vivir con dignidad, que preocupa a muchas familias, que no pueden llegar a fin de mes; la realidad en ocasiones trágica que están viviendo muchos inmigrantes y refugiados; los efectos de la droga que destruye a la persona; la condición de muchos ancianos que se sienten solos y olvidados; y la desesperanza de tantos jóvenes que se afanan en buscar paraísos artificiales, con conceptos falsos de libertad y verdad.

Aclamación final

En esta Eucaristía, memorial de la muerte de Cristo en la cruz y de su resurrección, aclamamos el misterio de la cruz del Señor.

Con una expresiva y preciosa *laudatio* nos dirigimos al Santo Cristo de los Milagros: “Salve, altar precioso; árbol florido; madero del que brota la vida; madero donde el hombre vuelve a ser libre; jardín del Hijo celestial; columna elegida; lámpara del universo; luz de las estrellas; muro indestructible; puerta del paraíso; auxilio de los pecadores; árbol hermoso donde se recogen los mejores frutos; roca sobre la que se construye la Iglesia”.

Y termino con una estrofa de su himno. “Santísimo Cristo de los Milagros, / el pueblo oscense jubiloso y fiel, / te ensalza, te suplica, te agradece, / postrado, fervoroso a tus pies”. Amén.